

Aún quedan paraísos en medio de los taxis

Miquel Sánchez Robles¹

Miquel Sánchez Robles (Caravaca de la Cruz, 1957) es profesor de Historia y escritor. Ha ganado importantes premios literarios tanto en poesía como en narrativa. Entre sus obras editadas destacan las novelas La tristeza del barro y Donde empieza la nada.

Uno se ha hecho a esto: a vivir como una mecanógrafa con los ovarios secos que bebe Coca-Cola, a mentir cuando siente, a ese tono público de: "Eh, sin pensamiento, por favor", a que se esté creando un mundo de identidades híbridas e impuras, a saber muchas más cosas de las que se pueden decir y a ese cansancio que es una especie de bruma y comprensión que se espesa en el alma los domingos. Sí, pasan los años y las décadas y uno va ingresando progresivamente en esa clase media universal que se comporta como una triste perra de Paulov, pero ves mucho cine y eso te salva: ¡el cine!, todo el cine que hay en los videoclubs y en los cinemascopes y en las salas. Todo ese cine te ayuda a vivir, a sentirte *El hombre que mató a Liberty Valance*, a sentirte *El hombre que susurraba a los caballos*, a sentirte Clint Eastwood, Bogart o Matt Damon, y, sobre todo, a albergar el presagio de que algo grande y hermoso te tiene que suceder un día, ¡como en el cine! Y me ocurrió.

Un domingo por la tarde, después de haber visto *American Beauty* en una multisala de la Gran Vía de Móstoles, decidí entrar en una cafetería a pensar dulcemente en la vida. Llovía y yo miraba el color de la lluvia en los cristales imaginando mejores maneras de vivir para todo el mundo. Pensaba en lo fácil que es asumir y darse cuenta de que el hombre contemporáneo no hace otra cosa más que llevar una vida pobre y sin sorpresas, una vida

vaga y vacía, engordando ese séptimo u octavo sentido que nos ata brutalmente a la costumbre y al aburrimiento, a los prejuicios, a la obvedad, al consumo, a los dúplex, a las ceremonias religiosas, a las efemérides, a los museos, a sentarnos con naturalidad en una heladería y repelar la copa con la cuchara, a tragarnos los datos sobre la aparición y proliferación de ova en las piscinas públicas... A preguntarnos a veces, como Leibniz, "¿Por qué hay entes y no más bien nada y no más bien nada y no más bien nada?". Ese séptimo u octavo sentido que nos conduce a no ser otra cosa más que bacterias sumergidas en la miseria que engendra la imposibilidad de expresarse y actuar y cumplir sueños. Me daba cuenta de que nos domesticamos para hacernos vulgares ciudadanos ansiosos de anestesia, y entonces se nos extirpa la fiebre y se nos *jibariza* el corazón hasta dejarnos en eso que el hombre ha hecho con el hombre mismo: un animal cargado de congojas que se refugia en pensamientos sin importancia, un ser que se hace zumos, monta en automóviles, compra muselina blanca para cordoncitos colgantes y lo mira todo con ojos de animal anestesiado en los que se refracta la tristeza del mundo artificial, la tristeza de una mediocridad casi anhelada.

Estaba allí, lleno de pensamientos raros y rebeldes, pero también lleno de gratitud hacia lo que había visto en la película y hacia lo que me hacía pensar aquellas cosas. Estaba tranquilo, solo, hiperestésico, mirando cómo el agua caía sobre los taxis y los charcos brillantes del asfalto, boquiabierto ante el sencillo espectáculo de la lluvia, viendo aquello con la misma actitud con la que los personajes de *American Beauty* contemplan esa bolsa de plástico que danza movida por el viento como un ejemplo conmovedor de la belleza mínima del mundo, esa escena que me ha enseñado para siempre que lo mejor de la existencia no es lo que se busca con ansiedad y zozobra, sino algo pequeño y triste que el azar pone de golpe

1. Cuento ganador en la modalidad de castellano del XXX Concurso de Cuentos "Villa de Errenteria", organizado por Ereintza Elkartea con el patrocinio del Ayuntamiento de Errenteria. El jurado estuvo compuesto por Antton Obeso, Ezequiel Seminario, Raúl Guerra Garrido y José Antonio Pérez Aguirre.

en tu camino. Entonces una muchacha pálida y extraña se me acercó como escapada de una película en blanco y negro, igual que Mia Farrow en *La rosa púrpura del Cairo*. Era una muchacha hermosa y alta que vestía subversiva, de una manera naïf, con unos pantalones de muchos colores, como esos que se ponen los payasos de circo, llenos de manchas rojas, amarillas y naranjas, unos pantalones que la hacían bellísima y le daban un toque hippy y onírico, un look muy raro de muchacha estrambótica y despeinada, totalmente despeinada. Una muchacha que tenía el aspecto y parecía estar hecha de la materia humana que tienen esas personas sinceras y comprometidas que trabajan para las oenegés reuniendo en el Chad a todas las mujeres de un poblado para hablarles de la ablación del clítoris o cruzándose con una lancha

zodiac en mitad del océano entre los arpones de los barcos peruanos y las ballenas azules del Pacífico Norte. Fue como una especie de aparición que me tocó por dentro, que reavivó de pronto una zona de mí que ya se había dormido hacía mucho tiempo.

Me pidió fuego y, mientras encendía su pitillo con mi mechero proselitista de plástico, la miré atentamente a los ojos y leí en ellos la comprensión de algo muy importante. Sentí en sus palabras y en sus actitudes y en sus ojos una inflexión de cariño y la pulsión psicológica de parecer ir buscando por el mundo el anhelo que enhebra la ilusión de vivir. Iba vestida con una camiseta que llevaba estampada la fotografía en blanco y negro de maíz comido por langostas. Su voz era cálida y sincera. Me miraba indefinidamente con las pupilas lánguidas de cuando te drogas, y sonreía al hablar con la dulzura de quien ha bebido mucho Martini blanco o se ha tomado dos o tres pastillas de Orfidal. Cuando encendió el cigarro, lo chupó con ansiedad, miró de cerca el ascua, le sopló con sabiduría y ternura, se sentó frente a mí, apoyó su rostro en la palma de la mano, me miró a los ojos, dio otra calada honda, expulsó con dulzura y elegancia el humo en mi rostro y me preguntó:

— ¿Qué haces, *darling*?

— Me aburro como si estuviera viendo *El Zorro* —dije por decir algo.

Todo aquello que estaba sucediendo tan novedosamente para mí, me inspiró una especie de labia y emoción que no sé de donde salieron, una fluidez precisa en el pensamiento y las palabras que confirió cierto encanto a lo que respondí. Ella sonrió y se quedó callada mirándome a los ojos. Los dos estuvimos mirándonos en silencio durante cuatro eternos minutos. Entonces ella dijo:

— ¡Triste! Triste como tocarnos las arrugas.— Metió en mi gin-tonic los dedos fundamentales, esos dedos con los que se cogen los bolígrafos, y acarició los cerros de mis ojos. Cuando acabó, no supe cómo reaccionar y recité:



Ilustración: José Ángel Sota

— “Tardan las cartas y son poco/ para decir lo que uno quiere./ Después pasan los años y, la vida,/ (demasiado confusa para explicar por carta)/ nos hará más perdidos./ Los unos en los otros, iguales a las sombras/ al fondo de un pasillo desoyéndonos,/ viviremos de luz involuntaria/ pero sólo un instante, porque ya el recuerdo/ será como un puñado de conchas recogidas,/ tan hermoso en sí mismo que no devuelve nunca/ las palmeras felices y el mar trémulo”.

Hubo un silencio encantador, magnífico. Ella pareció recibir aquellos versos con una gratitud especial y dijo tocándome la cara:

— Más. Por favor.— Entonces recité:

— ¿Es para eso que morimos tanto?/ ¿Para sólo morir,/ tenemos que morir a cada instante?/ ¿Y el párrafo que escribo?/ ¿Y el corchete deísta que enarboló?/ ¿Y el escuadrón en que falló mi casco?/ ¿Y la llave que va a todas las puertas?/ ¿Y la forense diéresis, la mano,/ mi patata y mi carne y mi contradicción bajo la sábana?....

Sentí cómo le gustó especialmente que recitase aquellos fragmentos de César Vallejo y Gil de Biedma que aprendí de memoria cuando estudié COU. Uno corre el riesgo de hacer el ridículo cuando recita algo, pero en aquella ocasión no fue así. Siempre supe que esos versos me servirían algún día. Es bueno aprenderse versos de memoria porque tarde o temprano acaban sirviéndote. Continuó mirándome embelesada, escrutándome con interés, y tras otro silencio denso y magnífico, dijo de nuevo:

— ¡Triste! Triste como leer y entender Hamlet.— Yo dije:

— ¡Triste! Triste como la espesa nada de la normalidad.

Y comenzamos una retahíla lírica y espontánea. Ella decía: Triste como Texas y sitios así. Yo decía: Triste como unos pobres intelectuales locales sentados en la fila de atrás de misa de las diecinueve y treinta y cinco. Ella decía: Triste como San José Obrero. Yo decía: Triste como tener el aspecto de acabar de regresar de alguna factoría. Ella decía: Triste

como ser soltero y por las tardes llevarse de la tienda a casa algo de comer colgando de una mano. Yo decía: Triste como seis personas desparramadas hablando de metaevaluación y decadencia. Ella decía: Triste como tardes haciendo gimnasia en los gimnasios de Acción Cristiana. Yo decía: Triste como aquel hijoputa mundo rural de entonces. Ella decía: Triste como un La Vanguardia de seis días. Yo decía: Triste como la paz que sigue a los naufragios. Ella decía: Triste como lo absurdo de seguir adelante cuando no hay ningún lugar a donde ir. Yo dije: Triste como cuando el cabello se cae y aparecen zonas como de diez duros sin pelo. Entonces, se echó a reír compulsivamente, con muchas ganas, con esa risa poderosa que nos hace felices brutalmente. Estaba hermosísima riéndose así, extraña y hermosísima, vibrándole los pechos por culpa de la



risa y notándosele mucho detrás de su camiseta tan bonita.

Aquello me llevó a fijarme con interés y minuciosidad en su físico: hermosa como las hembras de los indios, morena, con la cara radiante y unos ojos color caramelo demasiado brillantes y un poco adormecidos, pero todavía con las reminiscencias adolescentes que se quedan en la mirada de quienes esperan vivir mucho la vida. Pero también había algo extraño en aquellos ojos que me miraban y brillaban como los ojos de las mujeres ricas que ingieren mucho vermú al mediodía, con un velo lívido como el de la reina Noor de Jordania, unos ojos que tenían la hermosura de los ojos gruesos y espléndidos de los caballos. Sus labios eran preciosos, unos bonitos labios a lo Steffi Graf. Eran lo más bello que había en su rostro, aunque al despegarlos dejaba ver unos dientes no demasiado blancos, con tonalidad gris, unos de esos dientes castigados por la tetraciclina, unos dientes hacia los que uno siente una especie de leve compasión por las personas que los tienen, generalmente frágiles y dulces, unos dientes que a mí me gustó ver de manera especial detrás de aquellos labios y no sabría explicar por qué. Su cuello era largo y delgado, esbelto como los cuellos de esas modelos delgadas que tienen tanta fama. Tenía varios lunares en él y hacían juego con un bonito pendiente de zirconio en su oreja derecha. El pelo despeinado, totalmente despeinado, le daba un aire místico de diosa y libertad, la hacía encantadora, sublime, irreverente. De cuello para abajo su cuerpo respondía al de una mujer de muslos importantes, a ese esquema de cuerpo que siempre me ha gustado: pocas tetas y altas, ocupando un lugar elevado en el tórax, brazos largos y estilizados, poca cintura, bastantes caderas y unas piernas de las que no había pistas por el bombacho pantalón que llevaba puesto, pero que yo adivinaba hermosas y rotundas adentro de la tela. Era muy alta, tanto como yo, uno ochenta y siete más o menos, y globalmente se parecía a una mezcla de Steffi Graff y Milla Jovovich, especialmente a la Milla Jovovich que interpreta a Juana de Arco en la última película de Luc Besson. Era una suma de Steffi Graff y Milla Jovovich, producto de una especie de resultado delicado y revolucionario, una tipología femenina que yo he adorado toda mi vida, especialmente cuando veía jugar a la tenista en la televisión con aquellas braguitas blancas que enseñaba al sacar y con aquella seriedad y rotundidad carnal y tierna que mostraba en sus brazos y en sus piernas, y también cuando veía en el cine a la dulce y juvenil Milla Jovovich con esos ojos extasiados y bellos que miran con asombro el

universo, con esos ojos llenos de exceso de audacia que tan maravillosamente sabe poner en las películas. En conjunto era un ser portador de esa clase de belleza sobre la cual dan unas ganas enormes de poner los labios o escribir un poema. Me gustó tanto que no pude evitar preguntarme: ¿de qué estará orgullosa, por qué vive, qué la hace vivir, en qué sueña, qué espera, en qué cree, a quién ama esta chica que parece venir del paraíso?

Paramos de reír y se originó ese vacío intermedio que se produce en las conversaciones entre dos desconocidos que han agotado momentáneamente esos vínculos que los enjabonan en la contigüidad, entonces supe que debía preguntarle algo y se me ocurrió decirle:

— ¿Oye, tú eres hippy?— Le hizo gracia y volvió a reír con mucha fuerza.

— No, ¿por qué iba a ser hippy?

— Por esa camiseta y esos pantalones que llevas. Vas vestida como para bailar dulcemente y hacer llover o algo por el estilo.

Su respuesta me dejó impresionado, me descolocó. Riéndose de nuevo apasionadamente dijo:

— No, ¡qué va!, trabajo de azafata en Aviaco, y con esta pinta y estos pantalones, por las noches, purgo mi pertenencia al Sistema cuando estoy en una ciudad que no es la mía. Yo sólo fumo porros y respiro hondo para que se me llene el cerebro de cosas bonitas, aunque también me gustaría que alguien me enseñase a bailar dulcemente para hacer llover. ¿Tú sabrías?

Me impresionaron sus palabras desnudas, su heterodoxia y valentía y la realidad de su júbilo. Me pareció una respuesta encantadora, una respuesta propia de alguien que sabe muy bien de qué va esto, de una persona insólita, lúcida y sensible, tal vez muy lúcida y sensible, como a mí me gustan las personas. La amé de pronto y se me llenó el páncreas de mariposas, esas mariposas que uno siente bullir en su estómago cuando se enamora y está siendo muy feliz. Entonces, impulsado por un brutal sentimiento de dulzura y deseo, metí mis dedos fundamentales en el gin-tonic y acaricié sus labios y sus pómulos con ellos. Dije:

— Dulce. Dulce como la sed de un paraíso.

Y ella respondió:

— Dulce. Dulce como el azúcar de los medicamentos.

Y así, casi sin darnos cuenta, iniciamos de nuevo otra letanía como deshojando despaciosamente un lenguaje hecho de pétalos abstractos.

Yo decía: Dulce como intentar hablar con Dios por teléfonos blancos. Ella decía: Dulce como el sol en las piscinas y en las copas de champán. Yo decía: Dulce como si besas y es de día. Ella decía: Dulce como el subsidio y la ansiedad del éxito. Yo decía: Dulce como esas túnicas blancas y azules de las monjas de Calcuta. Ella decía: Dulce como lavar los muslos muy blancos de una mujer hebrea. Así sucesivamente. Así: Dulce como "las palomas mensajeras sólo saben volver". Dulce como cuando huele a sombra de chopo y a muchacha dispuesta. Dulce como las articulaciones lastimadas por la edad y el cansancio. Dulce como la intensidad nerviosa del desconocimiento. Dulce como ver a los albañiles abrir en redondel las fiambreras del almuerzo. Dulce como contemplar a los caballos beber agua. Dulce como el concepto de tener verdad en la voz. Dulce como acostumbrarse a acostarte temprano y no querer tener nada que ver con todo esto. Dulce como una estatua que estuviese ardiendo...

Luego pedimos dos Martinis blancos. Los bebimos despacio y continuamos mirándonos a los ojos en silencio y tocándonos la cara con una fruición tierna y serena. Al cabo de un rato, ella me preguntó:

— ¿Te sigues aburriendo como si estuvieras viendo *El Zorro*?

— No. Ahora estoy tan a gusto como si estuviese dentro de *La edad de la inocencia*.

— Tú has visto mucho cine, tío. Y ¿qué película es la que más te gusta de todas las que has visto?

— Tal vez *Forrest Gump*. Me gusta mucho de esa película la belleza, la melancolía y la desorientación de Jenny, una belleza y una melancolía que se parecen mucho a las que tienes tú ahora mismo, y también te pareces a esa tristeza de las películas con habitaciones llenas de música de Leonard Cohen y John Lennon en las que muchachas taciturnas rellenan crucigramas y piensan en la libertad y en la vida, y también te pareces a cuando Vanessa Redgrave llora en una de esas habitaciones muchos años después de haber sido joven como tú y dice: "Yo era una niña llena de ilusión y ahora ¿qué soy?".

Entonces se le humedecieron los ojos. Me miró con ganas abstractas de llorar y dijo:

— Me gustas. Estás lleno de cine y de poesía.

Y algo parecido a una rosa muy blanca brotó y creció de golpe entre nosotros, en nuestros corazones. Luego, me besó, se abrazó a mí y se estuvo allí callada, casi sollozando y apretándose fuerte con sus brazos. Yo nunca había vivido una situación así. Fue como tener en mis manos un gorrión herido. Fue lo más hermoso que me ha sucedido en la vida.

Veinte minutos más tarde, salimos a la calle. Atardecía. Era uno de esos crepúsculos en los que el cielo se vuelve más puro y la luz afloja hermosamente. Había parado de llover y los vencejos con sus gritos rápidos volaban por todas partes. Y en mi piso vacío de padre divorciado, fumamos, bebimos, hablamos e hicimos el amor como Marlon Brando y María Schneider huyendo del vacío de la existencia en *El último tango en París*.

